

ORAR EN EL MUNDO OBRERO

3° DOMINGO DE PASCUA (22 de abril de 2012)

¿Comerán hoy los cuerpos de los pobres? ¿Se les seguirá considerando simples fantasmas, o por fin nos acercaremos a tocarles y curarles sus manos y sus pies heridos...? ¿Seguiremos encontrando hoy aquella «sorpresa horrorizada» de los discípulos en nuestro contacto con los empobrecidos del mundo obrero, en cuya carne y huesos se nos aparece nuevamente Jesús resucitado?

VER Y PENSAR

1. Una ley económica que vaya contra la justicia, ¿qué puede traernos? Miseria moral. La paz social nunca podrá asentarse sobre leyes económicas injustas.

2. Sé que nunca cesará la lucha «entre los amadores de Cristo desnudo en una cruz, y los que quieren disimular la desnudez y la cruz».

Sé que «el evangelio es la herencia de los desheredados y el tesoro de los pobres. Y no otra cosa».

Sé que en la Iglesia siempre existirán, “mezclados”, los que secundan el evangelio de los pobres y los mixtificadores que se sirven de la iglesia en vez de servirla.

¿A qué me está llevando este saber? ¿A dónde me debería llevar?

3. El orden económico actual, ¿no es la causa fundamental de la locura social que nos preside? ¿No es locura querer abaratar la sanidad aumentando las enfermedades psíquicas y sociales? ¿Qué decir de un sistema que echa por la borda la educación de los que más lo necesitan para arañar unos euros que se dan a la banca y a la guerra? ¿Un sistema que recorta las ayudas sociales, pero aumenta la partida en policías, cárceles y seguridad?

4. ¿Qué ingresos, directos y/o indirectos, se necesitan para que una familia trabajadora de nuestro país alcance el nivel “adecuado”, “bueno”, “justo” [es decir, aquel nivel holgado y confortable] que la cultura actual considera apetecible?

¿Qué ingresos recibe, directos e indirectos,



hoy aquí, una familia trabajadora de tu entorno? ¿Qué horquilla va de las más bajas a las más altas?

¿Cuál es la diferencia, si la hay, entre lo que se necesita para una vida verdaderamente digna y libre, y lo que se recibe actualmente?

PALABRAS DE VIDA

Hace tiempo, mucho tiempo, que las palabras de los políticos no tienen más valor –mercado dixit–, que pronunciar promesas vanas. Se habituaron ellos mismos a los discursos capciosos, a ocultar sus ambiciones personales tras elocuentes palabras. No dejan de ensayar qué deben decirnos para convencernos, sin recordar que ya estamos cogidos por el convencimiento capital.

Tus palabras, Señor, no son las palabras de esta clase de políticos. Las tuyas, Señor, son Buena Noticia.

Todos sabemos que la publicidad miente sobre las cosas, que los anuncios están pensados para seducirnos con un consumo de idiotas, que todo es mentira, menos los dineros que nos roban ilusoriamente...

Tus palabras, Señor, no son propaganda ni engañan. Las tuyas, Señor, son Buena Noticia.

Demasiadas veces, demasiadas, el clero avala con la Palabra de Dios su palabra humana, demasiado humana. No faltan interpretaciones y explicaciones para que la Palabra nos llegue capada y domesticada, sin garra. Demasiadas veces, demasiadas, sus teológicas palabras nos enredan y confunden miserablemente...

Las tuyas, Señor, no son «sermones de cura», son Buena Noticia.

Teles y radios, revistas y periódicos están llenos de insulsa palabrería. Hablan mucho para no decir nada; su información consiste en desinformar. Lo suyo es la tergiversación y el morbo, el cotilleo y la polémica estéril... todo lo que sirva para seguir vendiendo palabras y “acciones” de engañar.

Tus palabras, Señor, no caben en esos medios. Las tuyas, Señor, son Buena Noticia.

(Variaciones sobre un poema de Joaquín Suárez)

EVANGELIO (Lc 24, 36-48)

Estaban hablando de estas cosas, cuando él se presentó en medio de ellos y les dice: “Paz a vosotros”. Pero ellos, aterrorizados y llenos de miedo, creían ver un espíritu. Y él les dijo: “¿Por qué os alarmáis? ¿Por qué surgen dudas en vuestro corazón? Mirad mis manos y mis pies: soy yo en persona. Palpadme y daos cuenta de que un espíritu no tiene carne y huesos, como veis que yo ten-

go”. Dicho esto, les mostró las manos y los pies. Pero como no acababan de creer por la alegría, y seguían atónitos, les dijo: “¿Tenéis ahí algo de comer?” Ellos le ofrecieron un trozo de pez asado. Él lo tomó y comió delante de ellos. Y les dijo: “Esto es lo que os dije cuando estaba con vosotros: que era necesario que se cumpliera todo lo escrito en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos acerca de mí”. Entonces les abrió en entendimiento para entender las Escrituras. Y les dijo: “Así está escrito: el Mesías padecerá, resucitará de entre los muertos al tercer día y en su nombre se proclamará la conversión para el perdón de los pecados a todos los pueblos, comenzando por Jerusalén. Vosotros sois testigos de esto. Mirad, yo voy a enviar sobre vosotros la promesa de mi Padre; vosotros, por vuestra parte, quedaos en la ciudad hasta que os revisitéis de la fuerza que viene de lo alto”.

Pequeña explicación con lápiz

[1. Puede ser bueno que tengamos en cuenta lo siguiente: Este relato no se remonta a los primeros años del cristianismo. La misión a los paganos necesitó un cierto tiempo antes de ser admitida por todos, y el problema de la realidad corporal de la resurrección sólo se planteó a finales del siglo I].

2. La aparición del Resucitado induce el pánico. La angustia de los discípulos alcanza incluso un grado superior a la de las mujeres, cuando en la tumba se les presentaron dos ángeles (Lc 24,4-5). El pavor de los discípulos se debe a la identidad que atribuyen al que acaba de forzar la entrada: Creen que están viendo un “fantasma”.

Es bueno saber que la tradición bíblica prohíbe la nigromancia (“invocar a los muertos”) no porque los muertos no se manifiestan sino, por el contrario, porque lo hacen si se les invoca, por lo que resultan aún más peligrosos. Así se explica el pánico que invade a los discípulos.

3. Jesús sale al paso de sus dudas y temores. En el episodio de Tomás el incrédulo, el cuarto evangelista puso los puntos sobre las íes: por la mirada y el tacto el discípulo quiere encontrar la marca de los clavos (Jn 20,25). Aquí sucede algo parecido: pies y manos deben



llevar marcas para que revelen una identidad. De lo contrario, es preciso ver la cara para reconocer a una persona. Según la tradición que Lc cita hay que rechazar “esa clase de persona” que sobrevive a la muerte y se presenta bajo la forma de un *fantasma*. No admite tampoco que Jesús se hubiera salvado del martirio y continuara simplemente viviendo. No; el “**soy yo mismo**” designa la novedad de la resurrección en la continuidad de la persona. Es el misterio cristiano de la persona resucitada. Habiendo mirado y palpado, los discípulos llegan al reconocimiento de Jesús y cesa todo malentendido: el que aparece de un modo tangible no puede ser un fantasma; las marcas que muestra permiten reconocer que es él.

4. Como estamos viendo, Lucas admite la corporalidad de la resurrección. De ahí su manera gráfica de hablar de la “carne y huesos” del cuerpo resucitado de Jesús. En efecto, los primeros cristianos, provenientes del judaísmo, no podían concebir una resurrección per-

sonal que no fuese corporal (con la excepción de los maniqueos y algunos otros grupos). Pablo, con la expresión de “*cuerpo espiritual*” (1Cor 15,40), aseguraba tanto la continuidad de la persona (“cuerpo”) como la discontinuidad de la naturaleza (“espiritual”).

La tradición seguida por Lucas responde a una tendencia que se consolida a finales del siglo I, y que se impondrá en los dos siguientes tanto frente a los detractores de cualquier tipo de resurrección como ante partidarios de una resurrección espiritual: para afirmar la corporalidad de la resurrección se recurrirá al vocabulario de la carne: “*creo en la resurrección de la carne*”. Pero lo que afirmamos en el credo, ¿no es la resurrección de **la persona entera con su ser personal y su historia vivida**? En cuanto al modo de la persona resucitada, ¿no pertenece al misterio de Dios? Por eso, hablar del «modo» sólo podemos hacerlo en “parábola”. Nunca deberíamos olvidarlo cuando interpretamos textos como el de las apariciones. Ni deberíamos olvidar que la cultura antigua ya no es la nuestra. Así, por ejemplo, en aquella cultura se planteó la cuestión de si Jesús “asimiló” el pescado que comió. Para ellos, hijos de una cultura “pre-moderna”, se trataba de un problema serio. La respuesta la encontrarán en la tradición judía, que hubo de resolver el mismo problema a propósito de los ángeles. ¿Acaso no habían aceptado la invitación de Abrahán y de Sara (Gn 18,6-8)? Ciertamente que los ángeles comían, pero no practicaban una digestión como la operada por los cuerpos humanos; afirmaban que venía un fuego divino a consumir el alimento, como lo hacían las llamas de los holocaustos.

Quien hoy se tomara en serio problemas de este tipo (y no podemos decir que no hay gente así en la iglesia), sería señal de que está olvidando la cultura pre-moderna que hay detrás del género literario en el que están expresados los relatos de las apariciones. Por eso, los problemas a que el texto de hoy nos debería remitir son de otro tipo: *¿Comerán hoy los cuerpos de los pobres? ¿Se les seguirá considerando simples fantasmas, o por fin nos acercaremos a tocarles y curarles sus manos y sus pies heridos...?*

5. Jesús, pues, les muestra las manos y los pies. Y entonces aparece la paradoja: los discípulos dudan y se regocijan a la vez! Ahora bien, tal paradoja (que podemos tomar como definición de nuestra pobre fe) pertenece al contenido de lo que el manual de retórica de Eudemo llama la «*ágê*», es decir, la «sorpresa horrorizada». Lo que Lucas quiere expresar aquí –en particular por el oxímeron “*y como aún se negaban a creer por la alegría*”– es el trastorno psíquico, físico y existencial provocado por el contacto con lo divino, a saber, la resurrección de Cristo.

Pues bien, ¿no encontramos hoy esa “misma” «sorpresa horrorizada» en nuestro contacto con los empobrecidos del mundo obrero, en cuya carne y huesos se nos aparece nuevamente Jesús resucitado?

6. Al comer pescado, como lo había hecho la muchedumbre en el momento de la multiplicación de los panes (Lc 9,13), en lo que nos fijamos nosotros no es en su digestión, sino en que Cristo comparte la misma comida que sus discípulos. Lucas nos sugiere aquí la comensalidad, la comunión e incluso la liturgia eucarística.

7. Por segunda vez, después del episodio de Emaús, Lucas (1º) nos invita a leer el AT (La Ley de Moisés, los Profetas y los Salmos), (2º) a partir de lo acontecido en Jesús (lectura cristológica). ¡Pero para lo segundo hace falta lo primero! Igualmente, para realizar una lectura creyente de la realidad, primero hay que conocer la realidad...

8. Para Lucas, ni el mensaje de las mujeres que retornaban de la tumba vacía, ni las palabras de los discípulos venidos de Emaús, ni las pruebas de la resurrección bastaron para ofrecer una clave de interpretación de las santas Escrituras. Hacia falta la intervención espiritual de Cristo resucitado, porque se trataba de la transformación de la “inteligencia” (“noûs”). Pascua es el tiempo de las aperturas: apertura de la tumba (Lc 24,2), de los ojos (Lc 24,31), de las Escrituras (Lc 24,32), y en este momento de la inteligencia y del corazón. La transformación concierne a la persona entera, a su ser interior.

9. “*Vosotros sois testigos de esto*”. Los testigos son fiables porque poseen una fidelidad doble, a la historia y a la verdad. Por una parte, conocieron al Jesús histórico, antes, durante y después de su Pasión. Por otra, conocen el kerigma cristiano y el sentido de las Escrituras. Pero necesitan el Espíritu Santo para que su testimonio se vuelva eficaz.

El Resucitado les anuncia el don del Espíritu Santo. Se mira ya al relato de Pentecostés. Para que se realice el Plan de Dios hará falta que el Espíritu santo irrumpa sobre la Iglesia. Es la historia que se narra en los Hechos de los Apóstoles.

AYER Y HOY (Fl. Ulibarri)

Ayer a ti, Señor,

ante la carne doliente del enfermo,
 ante la carne olvidada del marginado,
 ante la carne agotada del anciano,
 ante la carne necesitada del discapacitado,
 ante la carne cansada del parado,
 ante la carne arruinada del hambriento,
 ante la carne sometida del esclavo,
 ante la carne corrompida del leproso,
 ante la carne afligida de la madre,
 ante la carne deshabitada del joven...

se te conmovieron las entrañas
 te dio un vuelco el corazón
 y no pudiste quedarte al margen.

Hoy nos encontramos
 a poco que abramos los sentidos,
 ante una realidad más flagrante y triste:

montones de cuerpos masacrados y degollados;
 columnas de cuerpos desplazados y rotos;
 aglomeraciones de cuerpos hinchados y esqueléticos,
 pabellones de cuerpos moribundos,
 manifestaciones de cuerpos desgarrados...

cuerpos vendidos,
 cuerpos hacinados,
 cuerpos pisoteados,
 cuerpos malheridos,
 cuerpos abandonados...

Haz, Señor, que mis entrañas se conmuevan
 y mi corazón dé un vuelco
 para no quedarme al margen.
 Hazme compasivo y tierno,
 para ser digno y poder así introducir en la historia
la esperanza de tu reino.



MEDITEMOS

Todavía no estamos sentados a la mesa del mundo “como quien sirve”, y mucho menos que estemos dispuestos a “lavar los pies” de los seres humanos en más necesidad, los de otra raza, los de otro color de piel, los refugiados, los “medio muertos” por intentos de genocidio, los inmigrantes y los que ni siquiera tienen ánimo para emigrar. Para ello es preciso que la Iglesia sea “cuerpo de Cristo en *la historia*”, como rezaba el título de la segunda carta pastoral de monseñor Óscar Romero (Hernández Picó RLT 84).

La gente que tenga cierta sensibilidad puede recitar este poema-oración sin prisas, sintiendo las palabras en los labios... saliendo del corazón... sintiendo cómo van encarnándose en mi propia piel...

PON TUS MANOS SOBRE MÍ (Fl. Ulibarri)

Pon tus manos sobre mí, Jesús,
 tus manos humanas,
 curtidas y traspasadas:
 comunícame tu fuerza y energía,
 tu anhelo y tu ternura,
 tu capacidad de servicio y entrega.

Pon tus manos sobre mí, Jesús,
 y abre en mi ser y vida
 surcos claros y ventanas ciertas
 para el Espíritu que vivifica:
 líbrame del miedo y de la tristeza,
 de la mediocridad y de la pereza.

Pon tus manos sobre mí, Jesús,
 que están sucias y peridas;
 dales ese toque de gracia que necesitan:
 traspásalas, aunque se resistan,
 hasta que sepa dar y gastarse
 y hacerse reflejo claro de las tuyas.

Déjame poner mis manos en las tuyas
 y sentir que somos hermanos,
 con heridas y llagas vivas
 y con manos libres,
 fuertes y tiernas,
 que abrazan
los pobres y la vida.

